

Ser lo que somos

Había un país, allá donde se acaba el mundo, en el cual la gente nacía con las orejas verdes.

Los habitantes de esta país vivieron siglo tras siglo, en completa armonía con esta peculiaridad. No se sentían mejores ni peores que nadie por ello, ni tenían su particularidad por defecto. Eso sí, cada vez que les visitaba algún ser humano procedente de cualquiera de los países vecinos, lo miraban curiosos: ellos se consideraban normales y al otro lo veían como extraño. Incluso tenían pequeñas dificultades de entendimiento con los visitantes, pues cada vez que los autóctonos hablando entre sí se referían al color verde, usaban como metáfora la palabra oreja, lo cual desconcertaba bastante a los foráneos.

Ocurrió que poco a poco, con toda apariencia de acto pacífico, este país fue conquistado por sus vecinos y llegó a estar gobernado por hombres de orejas descoloridas. Se distinguían perfectamente los originarios de los venideros, que era tanto como distinguir conquistadores de conquistados.

Pero ocurría que esto no agradaba al nuevo poder, mientras hubiese diferencia visible, existía el peligro de que se sintiesen conquistados, y eso podría poner en riesgo la nueva situación. Así que los colonizadores comenzaron a taparse las orejas con objeto de que no se notase la característica distintiva. Pero se reveló poco eficaz la medida, ahora había seres de orejas verdes y seres a los que no se les veían las orejas.

Entonces dieron con una solución: decretaron que para poder dirigirse a ellos había que presentarse con las orejas tapadas, en caso contrario no eran atendidos. Esta medida sí que dio los resultados apetecidos. Los seres de orejas verdes comenzaron a cubrirselas para congraciarse con los foráneos de orejas descoloridas.

Con el tiempo y a fuerza de llevar las orejas ocultas, éstas iban perdiendo su verde original poco a poco y los autóctonos se iban pareciendo a los conquistadores.

Pronto decidieron los hombres y mujeres de orejas verdes vendar las orejas de sus hijos en el momento de nacer, de esa manera al cumplir los seis o siete años ya habían perdido por completo el color verde de sus orejas y en adelante podían llevarlas al descubierto al igual que ahora hacían los extraños.

De todas formas, cada cierto tiempo debían volver a pasar un período con las orejas tapadas, porque éstas tenían una tendencia natural a recobrar su color original.

Pero hubo una mayoría de habitantes de este país del fin del mundo, que siempre pasearon sus orejas verdes al aire y a la vista. Hombres y mujeres a quienes no se las taparon en su infancia y consideran que esa es su normalidad y quieren vivirla con orgullo.

Eso no los hace más felices que los demás, son simplemente personas menos infelices que aquéllas a las que no les gusta tener las orejas verdes y siguen tapándoselas periódicamente para que no recuperen su color normal e incluso invitan a los demás a hacer lo mismo para que todos seamos iguales –dicen.

Y yo, amigo lector, soy un hombre de orejas verdes en el país de las orejas verdes y al hecho de luchar porque nos dejen ser como somos y de que nos vayamos sintiendo cada vez más orgullosos de nuestras orejas verdes, le llamamos proceso de normalización.

Xavier P. Docampo

Maestro y autor de Literatura Infantil